

A LA CAZA DE ELEFANTES EN LA SELVA INDIA

DOS MIL INDIGENAS, 50 ELEFANTES DOMESTICADOS Y 100 GUARDAS JURADOS

El espectáculo se prepara, se cuidan todos los detalles, y desde que se piensa en eliminar elefantes o apropiarse de ellos vivos hasta que se sale a la selva transcurren meses enteros. El marajá de Mysore es uno de los jefes indios más entusiastas de este emocionante deporte. En preparar una cacería tarda más de seis meses, emplea más de tres mil personas y se gasta en cada excursión cinematográfica cerca de veinte mil dólares.

una buena señal — le dice—. No hay que matarle; podemos cambiarle por el elefante del marajá." Se conoce que el marajá, balanceándose a lomos de un animal con andares tan cadenciosos, está revestido de más majestad. Aún no hemos desentrañado los misterios de la India, y esto no pasa de ser una suposición.

ELEFANTE A LA VISTA

Al fin podemos percibir ante

contra y no huele nada en esta orilla. Al ver la tranquilidad y confianza del jefe de la tribu, el resto de la manada entra en el río para la ablución matinal, porque estos animalitos son muy limpios y no les gusta merodear por la selva de cualquier manera. El "shikari" cuenta hasta cincuenta ejemplares que siguen al macho jefe, entre hembras, jóvenes y elefantitos en plena infancia. El elefante macho es un verdadero sultán con su harén y todo.

Como detalle de las costumbres de estos animales, les contaremos que algunas veces un macho joven desafía al jefe del rebaño para, en caso de vencer, asumir la jefatura. Pero si es derrotado, entonces se convierte en un elefante solitario, que jamás volverá a unirse a una manada, y pasea por la selva su amargura y su fracaso. Este ejemplar es siempre muy peligroso. A veces, como los bandidos del Oeste americano y los de Sierra Morena, se aposta en la carretera que cruza la jungla y se dedica al inocente juego de parar a los autobuses de viajeros y volcarlos.

CONCIERTO DE BAMBU

Cuando ya toda la manada está en el centro del río, entran de nuevo en acción los batidores para el golpe final. Armados de cañas de bambú, se despliegan en un frente de 12 kilómetros en la orilla opuesta a donde están situados el marajá y sus amigos. Esta que pudiéramos llamar propulsión musical del elefante está compuesta nada menos que de dos mil indigenas, cincuenta elefantes domesticados y un centenar de guardas forestales de Mysore. Imaginense ustedes el horrrisono ruido que tienen que producir estos dos mil súbditos del marajá haciendo chocar fuertemente entre sí las cañas de bambú de que van armados. Por muy sordo que sea el elefante, tiene que oír este alboroto y como es un animal de buen gusto, trata de huir de él por la otra orilla. En ésta se ha colocado un foso de tres metros de profundidad. Hacia él se quiere llevar a los proboscidos, pero no es una tarea fácil, porque los animales, asustados, se dispersan y los batidores tienen que estar haciendo ruido durante un día y una noche, hasta que logran agrupar a la manada aturdida y conducirla hasta el foso fatidico.

Para que un marajá se considere satisfecho, es preciso que cace más de cuarenta elefantes. Si no, es un aprendiz de cazador aunque sus amigos no se atrevan a decirselo. Claro es que el marajá no se queda con todas las piezas. Escoge los mejores—ya hemos hecho antes alusión al raro ejemplar basculante que llamó la atención del "shikari"—y el resto los vende. El precio del

ejemplar es de 300 dólares, si se trata de una hembra, y de 3.000 dólares si es un macho joven, vigoroso y con buena salud.

UN ESPECTACULO IMPRESIONANTE

La caza del elefante no es sólo la mayor operación venatoria del mundo. Por los ligeros detalles que les hemos dado, ya se pueden imaginar que es, además, un espectáculo dramático y emocionante. El acoso de las bestias,



El elefante, apresado en la caza, viaja camino del cautiverio.

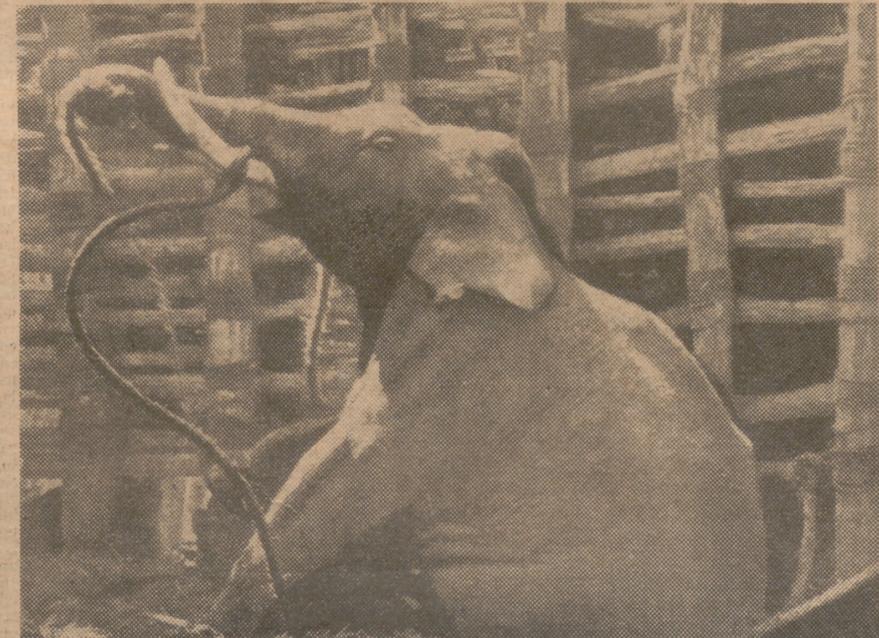
Jares. Ustedes comprenderán que así no hay elefante que se le resista, y que con estos medios humanos y crematísticos sea un coleccionista de trompas y de colmillos que no tiene rival. Pero el marajá es un hombre generoso y no se reserva para sí este magnifico espectáculo, sino que tiene la gentileza de invitar a sus amigos—que ya supondrán que son muy numerosos—y a los altos personajes y miembros del Gobierno de Nueva Delhi.

EN PLENA SELVA

Los ojeadores o batidores, como los llaman el marajá y sus secuaces, se han internado en la selva armando un gran alboroto para espantar a los elefantes. El estado mayor de los cazadores ha acampado a la orilla de un río, hacia el que se pretende llevar la manada. De pronto, se oye gritar al "shikari": "¡El macho! ¡El macho!" Y señala a una forma vaga que se mueve, a la luz del crepúsculo, en la otra orilla del río. A veces esta alegre alarma del "shikari" no pasa de eso, porque el elefante no está en la otra orilla del río, sino en su imaginación exaltada. Pero casi siempre es verdad, porque estos hombres tienen los sentidos muy agudizados, y más que ver y oír al animal adivinan su presencia. Los cazadores se apresan a la lucha y se viven unos momentos de ansiedad.

El guía insiste en sus gritas y da más detalles: "Es el macho al frente de su manada." Y ya, en un alarde de facultades, le describe a los espectadores que aún no han visto nada: "Debe medir cuatro metros de alto. Su lomo se inclina un poco a la izquierda porque tiene la pata posterior más corta que la anterior." Esta contundente afirmación parece, a primera vista, que debía alarmar a los cazadores e inducirles a despreciar a aquel animal con defectos anatómicos. Mas, por el contrario, uno de los asistentes felicita al marajá: "Es

nosotros la presencia del animal. Ha avanzado hasta el centro del río, y allí, con la trompa levantada, olfatea el aire. El olfato es el único sentido de que pueden valerse los proboscidos para orientarse, ya que su vista y su oído son muy rudimentarios. El olfato, en cambio, lo tienen muy desarrollado. A pesar de ello, no ha debido oler a los cazadores, o su aroma le es desconocido, porque no da señales de inquietud. Pero un marajá y su séquito no pasan inadvertidos ni tan siquiera por el olor. Lo que ocurre es que el elefante tiene el viento en



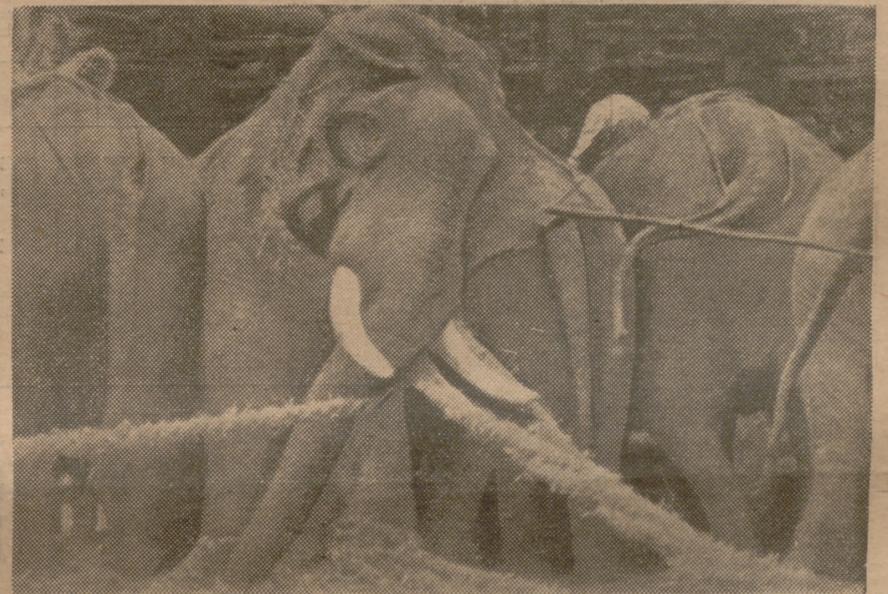
El gran macho ha roto sus ligaduras en el fondo del foso

PUERTO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 12 DE FEBRERO DE 1955



La cacería ha terminado. Los elefantes han pasado de la libertad de la selva a la cautividad en los establos de un "maharajá"

al que colaboran sus hermanos domesticados, su huida aloca, la caída en el foso y el arriesgado apresamiento, constituyen ese espectáculo apasionante y dramático que algunos han comparado con las luchas de la antigüedad. Suponemos que será por lo que a los medios empleados para el estropicio se refiere, porque en cuanto a la trágica grandeza y a los daños causados, las guerras actuales no tienen nada que envidiar a las de ninguna época. Si acaso, a las que nos anuncian para el futuro.

Los espectadores, como les hemos indicado, toman posiciones en la orilla izquierda del río, escondidos entre los bambúes y protegidos por una barrera de fuertes troncos, a la que nunca, o casi nunca llegan los elefantes porque no pueden salvar el foso hacia el que los empujan los batidores. En el billete que el marajá da a sus invitados se les

advertir que no pueden ir vestidos con trajes de color blanco o rosa—a pesar de que dicen que los animales son insensibles al color—, que no se puede fumar, y que deben guardar silencio durante la operación. Pero ésta es tan emocionante, que apenas si se echa en falta el pitillo o la charla. La cacería tiene sus ritos que hay que respetar y el que da la orden para la operación final, es, siempre, el marajá.

Los elefantes que acompañan a los batidores para el acoso, y que obedecen dócilmente al "mahout" armado, son hembras, porque el elefante macho es un caballero y a pesar de encontrarse a gusto al servicio del marajá, no ayudaría nunca a acorralar a las hembras.

Este momento del acoso, que a veces se prolonga por espacio de un día y una noche, es el más dramático y emocionante de la cacería.

El rumor de la otra orilla del río aumenta gradualmente. El rebaño vacila antes de adentrarse en la corriente, pero el ruido de los batidores le excita y le aturde y avanza tumultuoso agitando las aguas. En el centro del río se agrupa en torno al jefe y olfatea ansioso el viento. Al estrepito de los cazadores se une ahora el de la manada que rugie inquieta adivinando el peligro.

No todos los ejemplares de la manada son conducidos hasta el foso. Algunos logran romper el cerco de los ojeadores y huyen. Cuando se ha logrado capturar más de cuarenta elefantes, se da por terminada la cacería.

HORAS DE CAUTIVERIO

La labor de sujetar a la manada en el foso no es tarea fácil. Es el momento en que los elefantes que pertenecen ya al séquito del marajá intervienen de una manera decisiva para vencer a sus hermanos que no les queda más recurso que ser buenas personas y resignarse con su suerte. Las fuertes lianas de la selva les inmovilizan, y después todo es cuestión de paciencia por parte de los "mahout" que son los que, encaramados en los lomos de las bestias con grave riesgo de sus vidas, los conducen lentamente hacia el recinto

to donde van a ser domesticados. La doma de un elefante dura de tres a cuatro meses y corre a cargo de los "mahout" que son unos especialistas en esta materia. Para ello se valen de los ejemplares que ya conocen bien su oficio de servidores del marajá.

En los primeros días los elefantes, aturdidos aún, no suelen inquietarse y están sumidos en una especie de sopor. Cuando salen de él empiezan las dificultades. Estas aumentan si en la cacería no se ha conseguido capturar al jefe macho, porque entonces la manada se rebela y lucha por volver a la selva para someterse nuevamente a su jefatura.

El macho merodea por los alrededores y mientras dure allí su presencia la doma es imposible. Por eso es necesario organizar una nueva batida para capturarlo.

La caza de un elefante aislado es más difícil y es preciso aprovechar todas las coyunturas que se presenten. Ocurre algunas veces que el macho no ronda el campamento por un afán de liberar a sus hermanas. Este sería un motivo heroico, pero en la vida de los elefantes hay, también, como en la vida de cualquier humano, motivos sentimentales que pueden causar su perdición.

Los elefantes son muy enamoradizos, y la presencia del macho merodeador y perturbador obedece, con frecuencia, a la impresión que en él ha causado alguna de las féminas de su raza que han intervenido en el acoso. Y el jefe, sentimental, no puede alejarse del lugar donde la conoció.

El marajá conoce a fondo la psicología de los elefantes y utiliza este "sex appeal" de la joven elefante para tender un lazo al enamorado rebelde. Y una noche, con su heroico "mahout" a cuestas, sale del campamento. El macho la huele y avanza a su encuentro. El amor le ciega y no sabe lo que le espera. A pesar de su experiencia de jefe no sabe nada de hembras, y cree que los barridos amorosos que ha lanzado cuando vagaba solitario, han llegado a conmovir el corazón de la elefanta. Esta se deja ver y poco a poco le va atrayendo hasta que cae en manos de los cazadores.

UN MILLON DE MATRIMONIOS EN BUSCA DE UN NIÑO

Pero no hay más que 53.000 niños disponibles en el mercado negro

rizada con ellas. Le pregunté de dónde venían esos niños.

—De todas partes, señor. De todos los Estados de la Unión. Luego vienen los que quieren adoptar a los niños. La mayor parte de mis clientes llegan de Texas; recuerdo a dos de Michigan, uno de Chicago, dos de San Francisco y una pareja muy simpática de Los Angeles.

Luego la pedí que me buscara un niño.

—De acuerdo, pero tendrá que esperar un poco. Tengo un cajón lleno de pedidos. Pero no puedo facilitarle uno de momento. Ni por menos de seiscientos dólares. Y conste que le hago una importante rebaja. No suelo darlos por menos de mil.

El problema nace de que cada año hay cerca de un millón de matrimonios norteamericanos que tratan de adoptar niños. Pero los

niños disponibles son sólo unos 53.000. En California se ha descubierto el siguiente hecho impresionante: de las mujeres que están dispuestas a vender a sus hijos, el 38,9 por 100 son casadas y viven normalmente con sus esposos.

Es difícil combatir el mercado negro de niños, al menos mientras las autoridades no tratan de encauzar la difícil situación de las solteras con hijos.



Muchos matrimonios sin hijos sueñan con un niño como éste.

Un periodista italiano sostuvo hace algunos meses una conversación con una dama americana, recién salida de la cárcel.

La habían condenado por venta de niños.

La dura experiencia de aquellos años de prisión la hizo exclamar:

—Abandonaré este asunto; me referiré al comercio de niños, el mejor del mundo.

La dama pertenecía a una asociación perfectamente montada que se dedicaba a este tráfico humano.

Según declaración de la acusada, en este trabajo ocupaba las cincuenta y dos semanas del año. Cobraba un salario semanalmente, además de un premio que recibía también en metálico por cada muchacha a punto de dar a luz que encontrase. Todo lo que tenía que hacer era marchar en autobús, recorrer las clínicas y los bares en busca de estas muchachas. Después, buscar a alguien que quisiera comprar un niño y venderlo.

Evidentemente, le encantaba hablar con alguien que conocía bien su oficio. "La cosa mejor en esta clase de asuntos es que nunca se sabe quién es el culpable. Cuando se descubre que se ha cometido algo contra la ley, es demasiado tarde para identificar a los responsables."

EL NIÑO VENDIDO POR UN DÓLAR

Según la ley, un juez puede negarse a conceder la adopción de un niño. Pero como esto ocurre seis meses después de que el niño ha entrado en casa de sus padres adoptivos, es difícil que la Justicia tome tal decisión. Y aunque se le niegue la adopción, el niño permanecerá con aquellos que quisieron adoptarlo de una manera provisional, por lo que la situación es la misma. En Long Beach, un señor, después de perder cuanto poseía jugando al póquer, vendió su coche y acabó vendiendo también un niño, que todavía no había nacido, por doscientos dólares, dejando a su propia hija en prenda de su buena fe. En Chicago, una joven madre vendió a su hijo a un lechero por un dólar. Otro niño fue vendido por el doble del coste de un billete de tren desde Los Angeles a El Paso. Una asociación de Nueva Orleans compró unos niños por treinta dólares. Estos precios son excepcionales.

El mercado negro funciona normalmente como cualquier otra actividad normal. "El mercado negro de los niños" es sólo una frase sensacionalista. No tiene ningún contacto con las agencias legales y autorizadas, cuya única preocupación es procurar el bienestar del niño en casa de sus padres adoptivos.

CON UNA DIRECTORA DEL MERCADO NEGRO

—En el pasado agosto fui a visitar —dice el periodista— una casa de salud en Texarkana. Fue presentado a la señora Ruby Higtower, directora del centro, como un señor que deseaba adoptar un niño. La adopción de un niño depende exclusivamente del dinero que "desees pagar por él. La casa de salud, edificio de aspecto gris, se encuentra en el barrio residencial de la ciudad. El segundo piso está ocupado por un cierto número de personas ancianas. La señora Higtower tiene un departamento en la ciudad, en donde acoge a los niños.

Cuando le dije que quería adoptar a un niño, me miró afectuosamente y respondió:

—¡Qué lástima que no hubiera usted venido hace dos meses! ¡Tenía un niño de hermosos ojos que le hubiera encantado adoptar!

Me hizo objeto de su confianza, dándome toda la información

que deseaba. La señora Higtower recogía todos los niños que hasta ella llegaban; conocía, además, todas las leyes referentes a la adopción; estaba muy familia-

UNA CORRIDA EN NIMES

ESCENA SENTIMENTAL ENTRE EL «NINO» PACHECO DE LA MEDINA Y EL NOVILLO «GALLEGO» «SALTADOR»

EL DIESTRO SE VISTIO EL TRAJE DE LUCES EN EL «CAMERINO» DE LA PLAZA, AYUDADO POR SU «BANDERILLO»

Nuestra fiesta nacional ha servido de tema para narraciones, cuentos y comentarios de periodistas y literatos extranjeros, muchos de ellos ilustres, siempre con escaso respeto hacia la verdad, con pinceles pintorescos que exageran la realidad hasta el ridículo. En la mayoría de los casos, el objetivo ha sido ese precisamente: presentarnos ante el mundo como un país bárbaro y absurdo, y no vamos a caer en el típico de devolver la pelota y mucho menos de hacer defensa de las corridas de toros, que por ser cosa de hombres y fieras resulta mucho más bella e importante que el sangrarse dos pugiles a puñetazos sobre una lona.

El turismo acrecentado de nuestros días hace, por otra parte, innecesario salir al paso de la ingenuidad de nuestros detractores. Ya saben los que nos visitan que aquí hay mucho más que fiestas laurinas y, sobre todo, algo en sangre hirviente, muy difícil de superar por ningún otro país. Y entremos en materia.

Un buen día explicamos, ante el regocijo de los oyentes, cómo describía Madrid un periodista norteamericano en el "Saturday Evening Post". Hoy corresponde el turno a un suizo, que hilvana un cuento bajo el título de "Saltador". Pudieran ustedes creer que Saltador es un torero, pero es un toro.

Dice el escritor suizo que un novillero, Pacheco de la Medina, formó parte del cartel de una corrida en Nimes, con su compañero, Alfonso Rey. El autor del cuento no ha visto jamás un cartel de toros, como lo acredita con la elección de esos nombres tan poco toreros. Si, en realidad, el señor Pacheco de la Medina se hubiese sentido aficionado al arte de Cúchares, se hubiese apodado "el Pachequito" o "el Medinilla", como don Alfonso Rey se hubiese hecho llamar "Alfonsete", por ejemplo. Pues bien; Pacheco de la Medina no había visto jamás torrear en Francia, pero sabía que el ganado que se enviaba allí era malo y difícil y que el público era exigente. A los toros, "fatigados por el viaje", había que añadir "cuadrillas incompletas y picadores con malos caballos". En fin, que el asunto no se presentaba bien para el señor Pacheco. Entonces intervino el "manager" (suponemos querrá decir el apoderado) para animarle.

—Tú, sin comprometerte peligrosamente, puedes hacer una buena faena, "alejado de los cuernos", y luego acabas con el bicho de un estocónazo bien derecho. Los "franchutes" no exigen más que eso. El asunto es un dulce, "Nino". Los seis San Esteban están cada uno en 400 kilos.



¡Olé!

Tres años antes, Pacheco era ayudante del mayoral de la ganadería de San Esteban, precisamente. En ella comenzó a capear a los bichos y hacer "simulacros" de la suerte de matar, con una vara de Fresno. No pensaba entonces en vestir un día el traje de luces, pero de la noche a la mañana, "serpenteando a caballo"—traducción literal—las vastas llanuras de "Galicia", Pacheco se sintió dueño de su destino, libre y fuerte como un dios.

En qué rincón de la bella Galicia había visto el autor del cuento una ganadería de reses bravas? Seguramente, confunde los toros con las vacas lecheras... Pero, adelante con el disparatón.

—Había allí, en Galicia, magníficas reses—suspiró Pacheco—y de gran bravura. Casi ningún toro era manso.

Y firmó el contrato que se le ofrecía, sin leer el detalle.

Dos horas antes de la corrida (pues no era Pacheco lo bastante célebre para ir a la plaza en coche descubierto) ya estaba vistiéndose el traje de luces en su "camerino" del coso taurino. Su "banderillo" preferido le ayudaba. A Pacheco no le era simpático el segundo matador, Alfonso Rey, y en lugar de compartir fraternalmente el riesgo, lucharía cada uno por ser el que recogiera

más ovaciones, "más gritos de mujeres" y más sombreros arrojados a la arena.

En esto entró en el "camerino" el mozo de espadas:

—"Señor", han sido sorteados los bichos.

—Enseñame la lista.

Pacheco la leyó atentamente. Los toros que le habían correspondido a él estaban señalados con una cruz, y los del gitano Alfonso Rey, con dos.

De pronto, Pacheco lanza un gruñido, con el que expresa su sorpresa, mezclada con un sentimiento de disgusto.

—¿"Saltador"? ¿A mí? ¡Oh!

—¿Le conocéis, "señor"?

—Un bicho, café con leche, precioso. Por el color le distinguía de los demás, que eran negros. Un animal vivo, inteligente, hasta afectuoso. ¡Cuántas veces he jugado con "Saltador", haciendo de "caballero en plaza" y de "Don Tancredo"! ¡Pobre "Saltador"! ¡Y saber que debo yo matarlo!

El mozo de estocotes le animó sugiriéndole que, a lo mejor, este "Saltador" no era el otro; pero Pacheco fué a los corrales para cerciorarse y, en efecto, era su antiguo amigo, al que acarició la cabeza, dirigiéndole, confidencialmente, tiernas palabras evocadoras de los prados de Galicia. Y tristemente fué Pacheco

hacia la puerta por donde había de salir al ruedo. Pero cómo olvidar al "compañero" de otros días, a la brava bestia de los ojos tiernos que se acercaba a su "mantón de Manila", tan gentilmente, cuando le llamaba por su nombre, "Saltador".

Sonaron los clarines. "Saltador" era su segundo toro. Se luchó Pacheco con la capa. De momento, no le hacía sufrir a "Saltador". Pero después de picado, el bicho comenzó a aturdirse, y las banderillas le hicieron estremecerse dolorosamente. El diestro se sentía invadido por una melancolía casi fraternal. Entonces llegó la hora de matar. ¡De matar! Palideció Pacheco. Con paso incierto, disimulando el estoque bajo los pliegues de la muleta para que "Saltador" no se diera cuenta de sus asesinos propósitos, Pacheco de la Medina avanzó hacia el novillo diciendo: "¡Imbéciles!" a los espectadores, que le gritaban: "¡Miedoso!" Pero "Saltador" se mostraba altivo, o, por lo menos, con la cabeza alta. Buscó fijar al animal con la muleta baja y se colocó en posición de apuntar bien al "morillo" (espacio sin hueso), donde hundió la espada. El bicho le miraba, como diciéndole: "¿Por qué quieres hacerme daño? ¿Por qué eres tú, amigo mío, el que te dispones a matarme? Dejemos todo esto a esta multitud, este circo, esta fiesta de la brutalidad sangrienta. Volvamos a las praderas cerradas por montañas azules."

Pacheco no quiso ver ni oír más y cerró los ojos. "Saltador" lo tiró al alto. Había recobrado su sentido de defensa. Los espectadores se pusieron en pie, horrorizados. Los "chulos" condujeron a Pacheco a la enfermería. El gitano Alfonso Rey se santiguaba, detrás de un burladero.

El médico de servicio reanimó a Pacheco.

—No te muevas, "nino"—le dijo—. Saldrás bien de ésta. Volvemos a coger la espada.

Fué ésta su primera herida y Pacheco la dió por bien recibida porque se la había hecho "Saltador".

El cuento es tan gracioso como ridículo. Es una demostración del buen corazón de su autor, que nos describe escena tan sentimental. Pero debería haber llamado al torero M. Dupont, por ejemplo.

Por la transcripción glosada,
R. ORTEGA LISSON



LOS GORDOS deben cuidarse

EL PELIGRO DE LA SOBREALIMENTACION

La sobrealimentación y la tendencia a engordar son mucho más peligrosas que el tabaco. Esto es lo que afirma por lo menos el profesor Hugh M. Sinclair, director del laboratorio de Dietética de la Universidad de Oxford. El profesor Sinclair considera la obesidad como el peor crimen contra la salud y, también, contra la sociedad, ya que, según él, el obeso derrocha alimentos. Añade que en Inglaterra, donde una tercera parte de los alimentos tiene que ser importada, este crimen debería ser castigado. "Los que engordan deberían pagar impuestos más grandes que las otras personas." El profesor Sinclair ha hecho esta propuesta a la Sociedad Británica para el Progreso de las Ciencias.

Los puntos de vista del doctor Sinclair son enteramente compartidos por su colega de la Universidad de Harvard, el profesor Frederick Stare. Si a la edad de cuarenta y cinco años pesa usted 15 kilos más de lo debido, sus oportunidades de morir son mayores en un 33 por 100. Si su exceso de peso es de 37 kilos, esas oportunidades se duplican. Las compañías de seguros, que poseen estadísticas muy completas sobre la mortalidad en relación con la obesidad, tienen esto en cuenta desde hace mucho tiempo en el cálculo de sus primas. Para los jóvenes comprendidos entre los veinte y los veintinueve años, las estadísticas demuestran que la obesidad implica un aumento de la mortalidad en un 80 por 100.

¿Cuál es el peso justo? En esto, las compañías de seguros de vida han establecido unas tablas que indican el peso óptimo según la talla, el sexo y la estructura ósea. Una manera más precisa, indica el profesor Sinclair, está en curso de elaboración: consiste en medir el espesor de la piel. Estando la mitad de las grasas del cuerpo depositadas bajo la epidermis, esta medición permite determinar exactamente cuántos kilos se debe perder.

En cuanto a la causa de la obesidad, no existe más que una: la sobrealimentación. Es falso, según los profesores Sinclair y Stare, que la obesidad sea hereditaria. Si los padres obesos la transmiten generalmente a sus hijos, ello se debe únicamente al hecho de que los niños adoptan las costumbres alimenticias de la familia. Se engorda únicamente porque se absorben más alimentos que los que consume el cuerpo.

Los dietéticos han llegado a la convicción de que para adelgazar es preciso eliminar ciertos alimentos como el pan y las patatas, por ejemplo, o las grasas o los aperitivos. Tampoco se aconsejan ejercicios físicos intensos, ya que éstos aumentan el apetito. Se recomienda, por el contrario, a los obesos que hagan ejercicio moderadamente y a intervalos espaciados, para no provocar un hambre insaciable. Se les aconseja, igualmente, que tomen un desayuno rico en proteínas (huevos con jamón, pescado, leche, cereales); de esta manera, la densidad de azúcar en la sangre permanece elevada e impide la sensación de hambre aguda a la hora de comer.

De la caprichosa sultana ROMAIQUIA al donjuanismo de DON JUAN DE AUSTRIA

INES SUAREZ, LA AVENTURERA DE CHILE

TERESA CABARRÚS, LA ESPAÑOLA QUE CONQUISTÓ A PARIS



Eugenia de Montijo fué una de las bellas españolas a cuyo encanto se rindió París

DESDE el muy escéptico señor Estanislao Bouffiers, que dijo: "El amor es el egoísmo de dos personas", hasta el sedoso señor don Patricio de la Escosura, que aseguró: "La belleza del cielo se reconcentra en el amor", hay una, casi infinita serie, de teorías sobre tan importante sentimiento, teorías que al ser aplicadas, con más o menos éxito, dieron, dan y seguirán proporcionando una serie de anécdotas sentimentales, cómicas, trágicas o serenas, que han llenado muchas páginas de la vida de las gentes y, naturalmente, muchos capítulos de la Historia. Hoy vamos a relatar algunos de estos capitulillos, sin mucha pompa de erudición y con la sana intención de poner un poco de clima de suspiro romántico en la velada del sábado.

LA CAPRICHOSA SULTANA ROMAIQUIA

Todo el reinado de Almotamid de Sevilla, el Rey Poeta, está lleno de atrayentes leyendas, tanto las que se refieren a su tumultuoso amigo el gran Abenamar, como a su fantástica esposa, la sultana Romaiquia. Era este príncipe muy aficionado a la poesía. Un día paseaba con Abenamar a orillas del Guadalquivir; el rey se sintió inspirado y compuso unos versos que decían: "El sol hace brillar de tal modo a las aguas que las hacen semejar una cota de mallas." Luego, volviéndose a su amigo, que tenía bien ganada fama de improvisador, le rogó que continuase el poema. Pero el poeta no estaba inspirado y no consiguió encontrar la imagen adecuada para seguir la estrofa del monarca. Entonces una joven lavandera que se encontraba a la orilla del río alzó la voz y dijo: "Si las aguas de nuestro río se helasen, buena cota para la ciudad serían."

Almotamid quedó encantado de la gracia e ingenio de aquella joven y le preguntó quién era. —Soy esclava de Romalk el mulero y me llamo Romaiquia, gran señor.

—Te compraré a tu amo y me casaré contigo—aseguró aquel monarca de los bellos y románticos tiempos.

Así lo hizo, en efecto. Toda la vida de Almotamid está llena de la gran pasión que sintió por su esposa, aunque ella fue verdaderamente un ejemplo de mujer caprichosa. Ha quedado Romaiquia como una de las primeras figuras entre las poetisas musulmanas, y sus caprichos se hicieron célebres en toda la Andalucía musulmana. Un día, Almotamid la encontró llorando amargamente; le preguntó la causa de su llanto.

—Soy, por tu culpa, la mujer más desgraciada del mundo. Un embajador cristiano me ha hablado de la belleza de sus montañas nevadas, allí en el Norte. Yo aquí, en Sevilla, no puedo ver el bello efecto de una montaña blanca.

Almotamid mandó plantar almendros cubriendo totalmente la superficie de las sierras cercanas y así fué como la caprichosa sultana pudo ver cada primavera el sortilegio de unas falsas montañas nevadas.

En otra ocasión, Romaiquia vió a unas mujeres del pueblo que con los pies desnudos amasaban el barro preparado para hacer ladrillos. Nuevamente Almotamid se la encontró llorando.

—Soy, por tu culpa, la más desgraciada de las mujeres. Es-

toy encerrada en este lujoso alcázar, pero no puedo amasar ladrillos con los pies, como hacen las mujeres del pueblo.

El rey hizo preparar una gran masa de materias olorosas, y el caprichoso juego de la sultana y sus damas fué, desde aquel día, jugar a hacer ladrillos perfumados y regalarlos como distinguidísimo presente a los nobles de su corte.

"DON JUAN" SE LLAMA DON JUAN

El apuesto príncipe don Juan de Austria, vencedor de Lepanto, fué un tenorio enamorado, aunque sólo tres de sus amadas han pasado a la Historia. La pri-



Don Juan de Austria fué un Tenorio enamorado

mera de ellas, Maria de Mendoza, le dió una hija, a la que el príncipe reconoció y que pasó a la Historia con el nombre de Ana de Austria. Esta Ana fué obligada a ingresar como abadesa en un convento, aunque allí vivía con mucho lujo y daba famosas fiestas mundanas. Ana conoció a Gabriel Espinosa, el famoso pastelero de Madrigal, que quiso hacerse pasar por el Rey don Sebastián de Portugal, desaparecido en Alcaizquivir. Doña Ana y el pastelero se hicieron novios y conspiraron para conseguir la corona de Portugal. Pero descubierta su conspiración, Gabriel Espinosa fué ejecutado y doña Ana condenada a ser degradada y comer pan y agua toda su vida, aunque parece que la condena se llevó a efecto con bastante suavidad.

Un gran amor de don Juan fué una damita italiana que se desmayó viéndole torear—un bonito truco—. El príncipe quedó impresionadísimo con el detalle de esta fragilísima damisela desmayable. De estos amores nació Juana de Austria, que se negó a entrar de abadesa en ningún convento, a la manera de su aventurera hermanastra. Su tío el Rey Felipe III, muy preocupado por la familia, se limitó a casarla con un buen partido.

INES SUAREZ, LA BRAVA

Bastante conocida es la figura de la india doña Marina, que acompañó a Hernán Cortés en sus conquistas y le sirvió de intérprete. Ella fué la que avisó al extremeño de la traición de "La noche triste", salvándole la vida. Estos amores terminaron de una forma bastante prosaica. Cortés dotó a la joven india y

la casó con uno de sus capitanes.

Otra heroína de la conquista de América fué Inés Suárez, mujer muy brava, amiga de Valdivia, a quien acompañó en la conquista de Chile. Fué muy fiel al conquistador y vivió momentos muy difíciles—sentimentalmente hablando—, porque era la única mujer española de aquella famosa expedición, por lo cual le llovía excesivo número de pretendientes a su linda mano, que, el parecer, sabía abofetear muy diestramente.

TERESA CABARRÚS, LA ESPAÑOLA QUE CONQUISTÓ PARIS

Han sido muchas las españolas que conquistaron París, desde la bella Otero a la Emperatriz Eugenia, pasando por esta famosa Teresa Cabarrús, que salvó a tantísimos nobles de la guillotina.

La Cabarrús había sido amiga de Tallien, con el que casó más adelante. Este "energumeno" sólo se dulcificaba en presencia de Teresa, que salvó por su influencia a muchos condenados a muerte, a los que ayudó luego proporcionándoles pasaportes y dinero para su fuga. La Convención, enterada de estas actividades de Teresa, ordenó su detención, pero Tallien, para salvarla, dió el golpe de Estado del 9 Thermidor, que terminó con el régimen del terror y costó la vida a Robespierre y a sus partidarios.

Caido el terror, Teresa fué la mujer de moda de París; en sus salones se conocieron Josefina y Napoleón. Más tarde, la Cabarrús se divorció de Tallien, que seguía amándola apasionadamente. La sociedad acogió muy mal esta deslealtad de nuestra compatriota, que contrajo nuevo matrimonio con el príncipe Carman-Chimay.

Tallien no volvió a casarse y continuó amando a su heroína y escribiéndole cartas apasionadas hasta su muerte.

P. N.

LA PERLA, HIJA DE LOS MARES CALIENTES, REINA DEL ADORNO FEMENINO

Un collar de perlas que cuesta UN MILLON DE DOLARES

Si las cosas de este mundo tienen todas su orientación, es forzoso creer que la perla ha nacido y se ha formado en el fondo del mar, en su prisión de nácar, para servir los encantos de las damas y realizar su belleza, como el oro, las piedras preciosas y la seda.

De obra suerte, ¿para qué fué creada y para qué esta aventura submarina y terrestre que tanto tiene de cuento árabe y de cuento azul? En el fondo del gran joyero, la perla adquiere tonalidades de carne rosácea y juvenil, capaz de entusiasmos y transportes, que amaron las mujeres de todas las épocas, como una obra maestra de la Naturaleza. Su dulzura armoniza admirablemente con la epidemis femenina.

Dos mil quinientos años antes de nuestra Era, las perlas eran utilizadas en China para pagar los impuestos. Todos los pueblos de la antigüedad fueron conquistados por este regalo del mar a los hombres, intrépidos y acabaron por comerse las. Los romanos las disolvían en vino de Falerno. Cleopatra se tragó una perla de inmenso valor. Moctezuma, Emperador de Méjico, al que Hernán Cortés hizo tostar sobre carbones ardiendo, tenía cofres incrustados de nácar y oro. Un vestido de María de Médicis se hallaba adornado con más de 3.000 brillantes y no menos de 22.000 perlas. La perla más grande conocida pesaba 450 quilates y se encontraba en Londres, en el mismo cote que el famoso diamante Hope. Se dice que el maharajá de Baroda posee un tapiz de perlas de incalculable valor.

VIDA PELIGROSA DE LOS PESCADORES DE PERLAS

La perla es un regalo de los mares calientes. Las más bellas nos vienen del Oriente, en donde se las pesca en el Golfo Pérsico. En un principio nos encontramos con un accidente patológico: un microbio que penetra en la ostra y se instala en el epitelio. La ostra reacciona. Forma alrededor de ese agente extraño un pequeño saco esférico que llena, poco a poco, con una secreción. Para hablar claramente, se trata más bien de un quiste que crece y se endurece. Este quiste es la perla.

Esta perla, que la ostra tarda en formar de tres a cincuenta años, es la que hay que ir a buscar.

Se conoce la vida peligrosa, el esfuerzo diario, de los pescadores de perlas. Hoy en día, al igual que hace mil años, el hombre, con una especie de pinza taponando la nariz, gatas en los ojos y un



En los escaparates de las joyerías, el collar de perlas pone siempre una nota de fina elegancia

cesto en la mano, baja al fondo del mar, atado a una cuerda de 30 ó 40 metros de largo. Es necesario que su trabajo se realice en menos de un minuto. Muy de prisa recoge las ostras y luego inicia la subida con los pulmones "cerrados". Su primer acto al subir a la superficie es el de destapar sus narices y el de aspirar con todas sus fuerzas ese aire que le devuelve la vida.

La perla, en el momento que sale de la ostra no tiene todavía ese reflejo nacarado, que luego luce engarzada en un collar. Conserva de su aventura marina un tinte verdoso que se le quita haciéndola secar al sol. Toda una serie de cuidados delicados y naturales le dan ese color homogéneo, esa redondez perfecta que hacen de ella una de las reinas del mercado. Su encanto dimana, principalmente, de esa superficie sedosa, que tiene aspecto de piel

de niño. Se la juzga, se la clasifica, según su dibujo, su delicada redondez opaca, y, por el contrario casi traslúcida; por su brillo, su juego de luz nacarada, por su "orientación", en fin, este misterioso reflejo que parece surgir de su interior.

Hace algunas décadas, en el momento preciso en que la creación del coridón sembraba el terror entre los comerciantes de piedras preciosas, la aparición de perlas cultivadas fué para los joyeros y bisutereros causa de emoción. En tanto que la perla fina o natural, es producción de la intrusión de un microbio, la perla cultivada se obtiene poniendo en el folículo de la ostra una bola de nácar que se reviste poco a poco de una sustancia nacarada.

Los negociantes que habían comprado, bajo el dominio de las perlas finas, perlas cultivadas, reaccionaron vivamente. Hoy en día, tanto en lo que se refiere al mercado de rubies como al de perlas, y gracias a los métodos técnicos es imposible hacer pasar por natural una perla fina o cualquier otro fraude. Ninguna elegante, digna de este nombre, se deja hoy engañar. En el estudio en donde todas las noches deposita sus auténticos rubies, sus esmeraldas del Brasil, sus verdaderos brillantes, no hay sitio para perlas que no sean naturales, las únicas que a sus ojos tiene valor...

Se han fabricado collares de 10 y 15 millones de francos. Treinta años pueden pasar mientras se confecciona uno de estos maravillosos collares. Una chiquilla encuentra en su cuna una o dos perlas. Cada día de cumpleaños sus padres añaden para el collar una perla más. Muchas señoras han logrado así una verdadera joya. Collares famosos que fueron vendidos luego por la cantidad de 11 millones de francos. Una verdadera obra maestra se vendió antes de la guerra por un millón de dólares (360 millones de francos actuales). Pero existen collares de 15.000 y 20.000 francos.

Este año la moda se inclina por las perlas y brillantes, por los pendientes de perlas engarzadas en monturas de oro.



La perla es y será siempre la reina del atavio femenino

EL ESCRITOR Y SU LIBRO

Desde el almanaque de "Cruz y Raya" al que Eduardo Aunós ha publicado en "El Grifón"

Piensa editar un "Almanaque del Verano", con sentido humorístico nuevo y viejo a la par

HACIA mucho tiempo que no se publicaba en España un "Almanaque Literario". A principios de siglo hubo algunos. El gusto por ellos, más bien, pertenece a la época romántica. No obstante, una revista poética, "Cruz y Raya", en vanguardia e inquietud, dio un "Almanaque" de letras en 1935. Ahora, Eduardo Aunós, escritor, editor, impulsador de tareas literarias, ha publicado el suyo en "El Grifón". Lectura y consulta para todo el año. Y junto a los meses y las estaciones, un núcleo apretado y varío de firmas de escritores.

El libro de Eduardo Aunós —que tiene tantos de lectura inolvidable—es, hoy por hoy, este "Almanaque" de "El Grifón". En torno a él le preguntamos:

—¿De qué surgió el propósito de su "Almanaque"?

—De la nostalgia de los almanaques literarios que yo había conocido. Me enseñaron el último que se publicó en España, el de "Cruz y Raya", aparecido en 1935. Y quise reanudar la tradición, apoyado en otros dos que también aparecieron entre nosotros, si bien no literarios exclusivamente, sino de varia lección...

—¿Qué hicieron...?

—El "Baillly Bailliére", que se publicó desde 1900, y otro, muy leído, que se tituló "El año en la mano".

—¿Sólo arranque nacional en el proyecto? ¿No hubo influencia extranjera de publicaciones parecidas?

—Ciertamente. Los editores franceses publican almanaques que se separan un poco del tipo "Larousse". Hay una casa francesa que edita uno de las Letras, otro del Teatro, otro de la Música y, finalmente, un "Almanaque del Cinematógrafo".

—¿Qué sentido quiso darle al suyo?

—El de una ofrenda de los escritores al final del año y también dar a conocer al público, de modo agradable y claro, un balance de los sucesos que en él



destacaron. Junto a ello, el margen suficiente a la poesía, resaltando en antología poética los valores nuevos. Junto a ello, un florilegio de novelas y cuentos. De modo que en conjunto resultase un libro de lectura grata durante todos los meses del año.

—¿Algo más de literatura en él?

—No puede faltar nunca la parte astronómica. Ni siquiera la astrológica, pues es la tradición de todos los almanaques desde su iniciación en España con los que se publicaron en tiempos de los árabes.

—¿Publicará todos los años su "Almanaque Literario"?

—Ese es mi propósito. Y, además, estudio la posibilidad de hacer una cosa que aún no se ha ensayado entre nosotros...

—¿Y a hacer un "Almanaque del Verano". Algo así como un libro de las vacaciones. Esta época

es muy propicia a la lectura. Aún no he concretado su fórmula.

—¿Se parecería a este de "El Grifón"?

—Tendría distinto carácter. Acaso sería menos literario. Se orientaría bastante más hacia las cosas de distracción y diversión, de juegos de ingenio. También habría en él informaciones de tipo internacional...

—Por lo que dice, ya lo tiene bien pensado.

—Todavía no es más que un proyecto. Pero acaso salga este verano. Tendrá la misma extensión que el otro "Almanaque". Si bien aquí predominaría el tono humorístico. Cabría en él el humor de hoy, contrastado con el pasado. Pérez Zúñiga, Vital Aza, Gilla, etc.

—¿Qué saldría de este contraste?

—La impresión de que aquel humor era más blanco, y este de ahora, más negro.

—El "Almanaque" de "El Grifón", ¿lo dirigió usted totalmente?

—Tuve como jefe de redacción del mismo al poeta Carlos Edmundo de Ory. Me ha prestado un buen servicio. Escogió muy bien los poetas y también algunos cuentos...

—¿Y usted?

—Yo señalé los temas y las grandes divisiones del libro.

—¿Qué le absorbe más: su labor literaria o su labor editorial?

—En la editorial me encuentro en el momento más difícil; el de la extensión. Pero ambas caminan paralelas. Mis libros—los que edito—, si bien no encontré un éxito literario, se venden bastante. Hay que tener en cuenta que sólo hace doce meses que actúo, no obstante las dificultades que existen para que el librero venda el libro barato y lo exhiba...

—¿Y...?

—Creo que falta una ley de protección total al acto literario: desde el autor al comerciante.

—Como editor, ¿qué libros tiene ahora en marcha?

—Varios. Entre ellos, uno de Baroja, inédito, titulado "Aquí París". Uno mío, que titulo "Memorias de parias" y otro de Ramón Gómez de la Serna, "Nostalgias de Madrid". También preparo la edición de una selección de novelas de un gran escritor español, Eugenio Noel. En seguida saldrá también la "Enciclopedia de Belleza", que ha escrito Josita Hernán, que representa un intento de hispanizar la belleza, pues está escrita pensando en la mujer española e hispanoamericana.

PREGON

♦ "Teresa", la revista femenina que dirige Elisa Lara, publica en su último número, entre otros notables trabajos, un artículo de Lafuente Ferrari sobre "El arte y la moda", un reportaje de Aurora Mateos sobre Verona, una semblanza de "La cacica del Arauca", de Giménez Caballero, y una "carta literaria" de José María Souvirón sobre "El futurismo y Marinetti".



♦ Antonio Ortiz Muñoz, viajero infatigable, hizo el año pasado una rápida excursión a Siracusa. Fruto de ella es su libro "La Virgen ha llorado en Siracusa", que editado por "Studium", acaba de aparecer recientemente.



♦ Un libro extraordinariamente ameno y divertido es "Por primera vez en la Historia del mundo", novela fantástica y humorística, de ambiente madrileño, con la que Luis Antonio de Vega revalida sus acreditadas dotes literarias. Ha sido editada por la Colección "Dos Gemelas", y distinguida recientemente con el "Premio Cervantes".



♦ La Dirección General de Archivos y Bibliotecas acaba de editar el catálogo de "Exposición bibliográfica mariana" de la Biblioteca Nacional, que comprende de cerca de 1.200 rúbricas (pinturas, impresos, estampas, etc.). El folleto se abre con un prólogo erudito de don Luis Morales Oliver, director de la Biblioteca Nacional.



♦ Este año se cumple—se cumplió ya el 26 de enero—el centenario de la muerte de Gerardo de Nerval, a cuya vida atormentada y bohemia dedicó hace poco un libro en nuestro país Eduardo Aunós ("Gerardo de Nerval, el desdichado", de la Colección "El Grifón"). Como se sabe, el extraño y original poeta apareció ahogado de un farol y es creencia general que se suicidó.



♦ "Editorial Planeta", de Barcelona (calle del Maestro Pérez Cabrero, 7), convoca su IV Premio Anual para novelas inéditas escritas en castellano. Plazo: 30 de mayo; cuantía, 100.000 pesetas; originales, no inferiores a 300 páginas y por duplicado.

LIBROS

RELATO DE UN SACRIFICIO

En este febril y agitado vivir de nuestros días en que todo tiempo es poco para hacer frente a las diarias preocupaciones del trabajo, la responsabilidad o el mando, es verdaderamente admirable el ejemplo que nos brindan algunos—y no precisamente de los menos atareados—que aciertan a conciliar los desvelos de la acción con las inquietudes intelectuales del periodismo o del libro. Cuando, además, la faena literaria tiene por objeto un fin superior al de mero entretenimiento y trata, en cierto modo, de ser atecionante y útil a los que van a disfrutar de ella, revelándonos el sentido y la significación de una experiencia, el encomio se hace tan justo como necesario. Javier Martín Artajo es uno de estos ejemplos inestimables en



Javier Martín Artajo ha querido dejar testimonio en estas páginas de aquellos azares y persecuciones con el noble y santísimo propósito de hacer que las generaciones jóvenes tengan idea justa de cuál fué el dolor y el sufrimiento de los que las sufrieron.

«No se podrá nunca comprender la historia triunfante de la Cruzada—dice el autor en unas líneas limbares—si no se respalda con la historia dolorosa de la España roja. De cuando esa España roja pasó, yo sólo sé cómo se vivía entre los muros de las cárceles. De eso quiero hablar o, mejor dicho, escribir, para decir a vuestros hijos y a los míos los sufrimientos y gozos, los temores y esperanzas que andaban en el corazón de los cautivos.» Con excelente y abundante realismo de anécdotas—que no llega, sin embargo, a crudezas inoportunas y extravagantes—logra Martín Artajo sus propósitos. Las cuatrocienas páginas de «No me cuente usted su caso» son un cuadro vivo y animado de una de las experiencias más terribles que le fué dado sufrir a la sociedad española en este siglo. Las situaciones patéticas, el heroísmo callado e indomable, el sacrificio generoso de las almas y de las vidas, alterna sabiduría con el tenaz y estoico humor de las víctimas, su espíritu indomable y la fe de su resistencia. El cuadro, como decimos, es vivaz y cuajado de contrastes que prestan a su relato un interés creciente y sumamente apasionante para quien lee. Al mismo tiempo, una noble y digna emulación preside el libro, y hace patente su valor espiritual y ejemplar al señalar el rasgo esencial del cautiverio: «Los presos que sufrieron y murieron—dice—no fueron simples víctimas de crueldad roja, sino que, de verdad, padecieron muerte y pasión por mantener su fe en Dios y ser fieles al amor de la Patria.»

Sin duda alguna, el patriótico fin de reavivar tan dolorosos recuerdos para que sirvan de lección y ejemplo, ha encontrado en las páginas de Javier Martín Artajo el más rotundo y feliz cumplimiento. Su libro hará muchísimo, evidentemente, por la comprensión y el aprecio que las generaciones sacrificadas necesitan de las que les suceden; comprensión y aprecio que no son, a fin de cuentas, más que estricta justicia, pues no en balde la paz y bienestar de los unos son el premio y resultado del sacrificio de los otros.

Bella y cuidadosamente editado, «No me cuente usted su caso» ha sido profusamente ilustrado, y con gran acierto, por Antonio Cobos.

CELSO COLLAZO

(1) JAVIER MARTÍN ARTAJA: "No me cuente usted su caso". Editorial Blosca, S. A.—Madrid, 1955.

HISTORIA ABREVIADA DE LA NOVELA POLICIACA



Bakerstreet 221, Londres, la dirección de Sherlock Holmes, constituyó durante muchos años la pesadilla de los carteros del barrio. El número de la casa era tan imaginario como el mismo detective; sin embargo, miles y miles de personas se dirigieron pidiendo auxilio al «genial criminalista», que no era otra cosa que una figura de novela. De todos modos, una vez Sherlock Holmes tuvo que hacerse valer ante la realidad de la vida, porque un condenado inocente suplicó la asistencia de su autor. Y no falló, pues el célebre escritor estudió el caso y logró hacer triunfar la verdad.

Conan Doyle, el padre espiritual de Sherlock Holmes, era escocés. Lo creó porque, oculista sin trabajo, buscaba otro medio de ganarse la vida y se hizo millonario. Se inspiró en un crujano de Edimburgo, el doctor Bell, cuya lógica irresistible andaba en bocas de la gente. Merced, pues, al doctor Bell, o sea Sherlock Holmes, la novela policíaca conquistó al gran público, después de existir ya hacía más de treinta años. El creador del género era francés. Eugenio Francisco Vidocq nació en Arras, 1775. En su juventud le robaron todos sus bienes, lo que le obligó a ganarse la vida por medio de aventuras. Se hizo volatínero, osero, soldado, capitán y sacamuelas. Por pegar una patita a su superior fue condenado a prisión, y por falsificar documentos tuvo que volver a la mazmorra. Cansado por fin del vagabundeo, dirigió una solicitud al jefe de la Policía francesa, pidiendo un puesto en el servicio criminal, donde podría utilizar provechosamente los conocimientos adquiridos. Después de trabajar durante dieciocho años en calidad de soplón, depositó sus experiencias en novelas policíacas sensacionales, las que, sin embargo, solamente

tendían a impresionar con medios baratos.

Fue el americano E. A. Poe quien elevó la novela policíaca de los bajos fondos de la novela por entregas; pero sus obras tienen algo de horrible y patológico. En 1860 se publicó la primera novela policíaca de lengua alemana. Su autor, el caballero de Leutschnigg, la tituló "El cazador de ladrones"; pero la Prensa contemporánea la rechazó con indignación. Sin embargo, la novela policíaca se impuso. Autores de prestigio se sirvieron de ella; así Jacobo Wassermann al escribir "El caso Maurizio", y Ricarda Huch "El caso Deruga". Edgar Wallace hubiera sido uno de los autores más fértiles de novelas policíacas de haber compuesto personalmente todos sus libros. Unas cuarenta novelas llevan su nombre. Hoy día es una mujer la que puede citarse entre los mejores autores y los de mayor éxito. De Agatha Christie se dice que después de Lucrecia Borgia es la mujer que ganó más dinero mediante asesinatos. La lectura de novelas policíacas es un placer masculino. Análogamente al ajedrez o a las matemáticas, ocupan el intelecto. Son enigmas complicados, cuya solución se halla en la última página. Sin embargo, no dejan impresiones profundas, y así tampoco tienen consecuencias. Por ello, Knut Hamsun los caracterizó una vez diciendo «el relajamiento por la tensión».

CRITICA Y NOTICIA DE ARTE

PLANES Y PASCUAL DE LARA.—En la nueva sala Alfili, dos grandes premios de la Bienal han unido sus obras para dar interés e importancia al hecho del estreno de unas paredes destinadas a la exposición de obras de arte, que acaso necesitarían, en este caso particular y según la exigencia de la obra expuesta, una posibilidad mayor de perspectiva.

Pascual de Lara es uno de los artistas que nosotros, por razones no del caso, ailláramos a la Nueva Escuela de Madrid y que se halla en un proceso que le lleva a la cátedra acaso con mayor fuerza e ímpetu que a la mayoría de sus compañeros que en la citada y amplia concepción se encuentran en el tiempo y en el espacio plástico, dentro de un posible denominador común. Pascual de Lara es probablemente el mejor ejemplo de una generación que denota ambición artística y grandes deseos de pintar. Esto, que parece lógico y obligado en quienes aceptan la fórmula alta y heroica de la pintura, va siendo cada vez menos usual. Lo notamos en la ausencia de muestrarios madrileñistas, en la repetición, casi sistemática, de lienzos ya conocidos; de conceptos ya expuestos en la reiteración de una temática y de una paleta que siguen encerradas en aquellos postulados que un día dieron al artista carta de naturaleza. Creemos que en esta generación es Pascual de Lara, es él quien de una manera más íntima, más fervorosa—este es el mayor acierto en su calificación—está dedicado a la pintura. Este pintor, alto, serio, melancólico, que anda como un vigia oteando los horizontes es quien ahora en pequeñas—muy pequeñas—obras de variado carácter y pensamiento, explica más su ideario que la ver-

dad última de su quehacer. Es una exposición interesante, pues en ella atendemos a la intimidad de su taller; a esos papeles y bocetos desperdigados que serán luego la realización definitiva. Y destacan entre ellos esa ejecución bien amada, de la Basílica de aránzazu, tan propicia para que el nombre de este artista madrileño tenga resonancia en un tiem-



"Santos", lienzo de Feito, que estos días expone con gran éxito en París

po que no veremos. Si bien los apuntes y bocetos son elementos que no definen a un pintor; son los que mejor recogen la espontaneidad de la composición, que aquí alcanza también valores cromáticos y sirve excelentemente para que el creador nos refleje el sueño, en su expresión más inmediata y pura.

Planes, ese escultor siempre en pie, y a quien conviene casi iguales adjetivos, en lo referente

a la buena ambición, aplicados a Pascual de Lara, se ha limitado a enviar unas bellas esculturas ofrecidas a la femineidad, pues tal cualidad es la que más brilla en la actitud de esas mujeres graciosamente ondulantes y en donde la línea femenina es el elemento—con la gracia a él inherente—que escoge Planes, repetidamente en esta ocasión, para

de su taller lo que siempre le avala en el aprecio más general, sin olvidar en su trabajo los deberes, insoslayables, que tiene el artista que se enfrenta con el volumen.

MARIA FRANCISCA ARENAZA. En la Sala Blosca existe una sorpresa, y existe por las siguientes circunstancias: el catálogo ofrece una bella foto, una lista de títulos, y un nombre: Pachy. La verdad es que para nuestra experiencia de visitantes los síntomas no pueden ser peores: pintura femenina, con todos los agravantes. Y es por eso por lo que después de ver la exposición surge la sorpresa. María Francisca Arenaza es un auténtico temperamento de pintora. Esto, dicho con lealtad, creemos que es más que suficiente para que la artista, si de verdad quiere serlo, medite en la dura senda que la espera en el arte y prescindida de la irivialidad, felizmente unida a su condición de mujer; pero no con igual felicidad a su condición de artista, y más si emprende la búsqueda artística con todos los sacrificios y años que suponen el hecho de encontrar algo. Claro es que por su habilidad y un buen sentido del color puede siempre, con poco esfuerzo y sólo con un mínimo de paciencia, encontrar el halago y la alabanza social, que, como es natural, si satisface la pequeña vanidad del capricho, pero nunca sirve para que formalmente se pudiera hablar de María Francisca Arenaza como pintora, a quien, precisamente por poseer condiciones, no le conviene la amabilidad. Ella y el tiempo son las dos partes que pueden crear la pintura que ahora se apunta espontánea, jugosa y abierta en la incipiente paleta de esta expositora.

M. SANCHEZ-CAMARGO

Se llevarán esta primavera los ojos y las cejas y, un poco menos, la boca

El rostro recordará las miniaturas laqueadas orientales.--Mucho lápiz, pocos polvos y ningún colorete



Desde los tiempos del Edén, Eva trata de arreglarse coquetamente para atraer las miradas de Adán. La línea Llama define los premiados para la primavera de 1955. Esa primavera que ya está a dos pasos de usted, señorita...

Los maquillajes creados especialmente para esta temporada están de acuerdo con los colores y líneas de las colecciones de primavera.

Son maquillajes tan transparentes, que casi parecen invisibles: claros, algo orientales, delicados, suaves como miniaturas persas. Pocos polvos o ningunos, maquillajes de fondo fluidos y ligeros. El colorete ha sido completamente abandonado. Igual suerte han corrido las pastas y cremas, que daban aspecto de monigote a las caras femeninas. Toda la atención se ha concentrado en la parte alta de la cara: ojos y pestañas; por el contrario, la boca se pinta discretamente.

LAS CEJAS

Son más tupidas y se las subraya más con el lápiz. De trazo muy alto, dejan al descubierto un párpado iluminado suavemente.

LOS OJOS

Con un lápiz o un pincel se agrandan hasta el máximo, hacia las sienas, de una manera muy chinesca, inspirada en el maquillaje de "ballet".

LA BOCA

Ante todo ha de ser viva, sinuosa, finamente dibujada. La discreción está en la línea, no en el color. Toda la atención ha de radicarse en las comisuras, que han de elevarse ligeramente como una promesa de sonrisa. El rostro tiende a elevarse hacia las sienas.

LOS COLORES

En general, la base del maquillaje es pálida con el contraste violento de un tono rojo para los labios. Este color tendrá reflejos anaranjados, azules, verdes, inspirados en las lacas orientales, llenas de transparencias.

Cada rostro adaptará el tono más conveniente a su personalidad. Y que tienda a hacerlo más expresivo.

BARBARA GOULD HA CREADO EL MAQUILLAJE "ROSEAU"

Las cejas inmensas, ondulantísimas, suben graciosamente hacia las sienas. Los ojos, agrandados al máximo, se prolongan hacia el exterior, al encuentro de las cejas.

La boca, estirada y carnosa a la vez, más delicada que sensual. Dibuja primeramente con un lápiz de color más fuerte y cubriéndola luego con un tono de "rouge" más claro.

Isabel Arden ha creado el maquillaje "Sultana", en el que se mezcla el exotismo con el encanto.

Las pestañas, muy tupidas, se arquean violentamente en forma de tejadito.

HARRIET HUBVARD

Ha estudiado el maquillaje "Fátiche": joven, deportivo y nada atrevido.

La tonalidad es el "beige", tostados rosas y tostados rosados.

Las cejas se arquean de un modo suave, dulce, ligeramente "asombrados". El ojo se levanta, pero sin que se note el artificio. La boca, carnosa y pequeña.

Para las cejas, lápiz gris; para los ojos jamás debe de usarse el lápiz negro, pero sí los marrones, verdes y grises. Para la boca, dos colores amapolas. Para la noche, una novedad: sobre el párpado, un poco de polvo de lentejuelas del color del iris; así de esta manera se agrandan los ojos.

En el cuello y escote, el mismo maquillaje de fondo, que puede llevarse sin necesidad de polvos.

En resumen: los maquillajes se han hecho menos complicados; tienden a la expresión individual.

más que a un tipo de mujer que se renueva todos los años.

1955 ha acabado con: Los maquillajes de fondo oscuros.

Los ojos de serpiente, de gato, de ídolo.

Las bocas demasiado carnosas, pesadas, llamativas.

El colorete.

El exceso de polvos.

Los malvas y los rojos que contienen demasiado azul.

Las pestañas pegadas por el rimmel.

EN CUANTO A LOS PEINADOS

La nueva línea es sobre todo femenina. Los cabellos ya no son tan cortos. Su largo varía entre los tres y siete centímetros y tiene varias líneas:

Joven, rica en tonos rojizos, de línea simple.

Personal. Se caracteriza por su asimetría por los grandes movimientos que nacen desde la nuca y que luego llevan todo el pelo hacia un lado de la cara.

En la nuca reside todo el trabajo. Es el punto de partida de la asimetría.

La coronilla, siempre aplastada. La frente, amplia y descubierta, muy levemente cubierta por un rizo o un bucle.

Las sienas, una despegada y la otra cubierta por rizos, o bien las dos cubiertas por algún broche o adorno discreto.

Las rayas, siempre inesperadas. Unas dividen la nuca de una manera desigual, las otras surgen de las orejas o recorren la cabeza en sentido transversal o longitudinal.



Y HABLANDO DE MAQUILLAJE



Esta señorita ha puesto su piel a la disposición de un joven pintor surrealista, que ha maquillado a la bella inspirándose en las obras maestras de la pintura precolombina. La cerámica azteca, incaica y maya, está deliciosamente representada en esta especialísima ánfora de carne y hueso. (Foto Torremocha)

De mujer a mujer

por NURIA MARIA



"Amable señora: Soy una asidua lectora de la "Página para la mujer" de PUEBLO, y en ella veo los buenos consejos que usted da. Yo desearía, si no le sirve de

mucha molestia, me dijese qué opina usted de mi gran problema, pues así lo considero.

Hace cinco años que tengo relaciones con un chico, y muy formales. Al principio creí que me gustaba, pero ahora me he convencido de que no es así y que no le quiero. He intentado muchas veces decirselo, pero no he tenido el suficiente valor, y si alguna vez se lo he insinuado, siempre lo toma a broma. Adrede le he hecho muchas cosas para que se enfadase, y si bien de momento esto ocurre, en seguida se le pasa y vuelve a mí.

Está fuera de aquí hace dos años, y nunca me faltan sus cartas y viene a menudo a verme. Mi familia lo quiere mucho, y todos me dicen que tanto física como moralmente vale más que yo, y ello es cierto, ya que muchas chicas hay que están locas por él; pero él sólo me quiere a mí, y nunca ha hecho nada para que yo pueda enfadarme.

Mi mayor ilusión ha sido siempre poder casarme con un extranjero. Si usted fuera tan amable que me indicase qué hacer o dónde poderme dirigir para tener correspondencia con alguno...

Sé que no está bien todo esto; pero ante todo es mi felicidad y la de él la que nos jugamos, y quiero poner remedio a esa situación antes que sea tarde.

Quedándole muy agradecida, le saluda atentamente

ROSAFLOR

CONTESTACION

No es que yo quiera desprestigiar a nadie; pero vamos a ver, amiga mía: ¿es que usted cree que puede haber quien valga más que un español? ¿Orgullo de raza el mío? Tal vez, y admito que de allí las fronteras pueden venir hom-

bres magníficos; pero es que España ha sido siempre cuna de caballeros cien por cien.

Yo creo, hijita, que en usted ha tenido cierta influencia, sea el cine, sea la novela. Estos ensalzan tanto lo de fuera, que incluso autores españoles tienen que poner nombres extranjeros a personajes y pueblos, que así tienen más acogida entre espectadores o lectores. Sé de un señor que leyó una novela policíaca magnífica escrita por un español, y aquél afirmaba: "Resultado buena, y no obstante, en cuanto leí el primer párrafo y vi que se desarrollaba en una capital española, sentí la tentación de no seguir adelante."

Amiga mía: tiene un novio que está absolutamente enamorado de usted, fiel y honrado, que la quiere muchísimo e incluso que tiene tanta confianza en usted que se niega a creer que habla en serio cuando le dice que no le quiere. Se obstina en decir que no le ama usted sólo porque jamás le ha hecho lo que decimos vulgarmente una "faenita". Gracias puede dar a Dios de que sea así, porque yo le aseguro que si se la hiciera pasaría un mal rato, y en realidad se lo merecería un poquillo, como castigo. Usted quiere a su novio; hay un no sé qué en su carta que me lo hace pensar. Puede que sea su descripción, en la que no ha regateado nada a su novio. Sensatamente reaccione, y para convencerse de que está enamorada, imagínesele cogido del brazo de otra acariiciándole con la mirada y jurándole un amor que creyó siempre sólo para usted. ¿No se rebela su corazón?

Deje los extranjeros para las extranjeras; querida, y alégrese de ser propietaria de un cariño repleto de este apasionamiento, de que están desprovistos por regla general los que nacieron lejos de nuestra Pa-

ti. ¿Bendiga su suerte, consciente de lo grande que ha sido, y sujete esa locuela de la casa que es la fantasía y que la mayoría de las veces sólo entorpece el paso a la felicidad.

CONTESTACION A "UNA NIÑA FALTA DE CARIÑO"

Lo que mayores efectos habría de reportarle sería comer como Dios manda y a sus horas, y mientras tal no haga, de poco servirán las inyecciones y reconstituyentes. Cierzo es que cuando no se goza de buen apetito los caprichitos ayudan a comer, pero es usted lo suficiente mayor y consciente de sus actos para comprender que cuando tales requisitos no están permitidos, por lo que sea, hay que sobreponerse y suplirlos con la voluntad. Véngase a sí misma y establezca un horario fijo para comer, imponiéndose la obligación de comer lo que sea. A media mañana y a media tarde pida un vaso de leche (no creo que se lo niegue su tía). Si tiene algunos ahorros que los otros ignoren, visite al médico, explíquele su disgusto y él le recomendará a algún reconstituyente y alguna inyección para fortalecerla y abrirla el apetito.

Procure reposar después de las comidas, dormir o descansar por lo menos diez horas diarias y, sobre todo, repítalo, poner toda su voluntad y seriedad en comer, le apetezca o no.

Agradezco sus cariñosas palabras, hijita, y ya se dónde tiene una buena amiga a la que recurrir en cualquier momento y sin vacilación ninguna.

(Dirigid vuestras contestaciones a Nuria Maria. Apartado 12.141, Madrid.)

MÚSICA GRABADA

NOTICIAS • COMENTARIOS Por RICARDO DELATORRE

LA MUSICA POPULAR ESPAÑOLA EN EL MICROSURCO

En este género ha habido lujoso derroche de castañuelas, panderos, guitarras, palmas y pitos; "jipios" de todo género; historias de moctas desgraciadas, señoritos troneros y toreros valientes; toda suerte de mimbres, callejas, fraguas, amares y hembras morenas. (La clientela extranjera debe ser abrumadora.) Hay alguna que otra melodía bonita; pero todo es tan del gusto de más allá de nuestras fronteras (¿no nos quejamos luego del éterico concepto que por ahí se tiene de lo nuestro!), tan falto de autenticidad, que tememos, a la hora de juzgar las grabaciones una por una, no poder enjuiciarlas con la serenidad requerida.

Las portadas—una de nuestras obsesiones, lo confesamos—son, salvo contadas excepciones, de un gusto deplorable, de un "Typical Spain" que indigna. Excuso decirles que hemos visto un disco—bastante malo, por cierto—en cuya envoltura, donde no se escatima un solo atributo de la fiesta nacional, han puesto como título de la grabación: "Música de corridos"... Creo que huelga el comentario.

Por cuanto a las demás regiones, la producción es mucho menos cuantiosa. Parece ser que sólo existe Andalucía—conste que soy andaluz—, y que el folklore, el auténtico folklore, del resto de nuestras regiones carece de importancia.

Hay que poner coto a este fraude, aunque sólo sea... por patriotismo.—LATORRE.

ESUCHE AL MEJOR ORGANISTA

Ken Griffin es un intérprete extraordinario de música moderna al órgano. Sus versiones se escuchan frecuentemente, y siempre con agrado, en los programas de las más importantes emisoras de radio de todo el mundo. Philips ha grabado dos discos (B 21008 H y B 21025 H) con cuatro famosas interpretaciones de Ken Griffin: "¡Oh, día feliz!" y "Pretend", en uno, y "Hasta que baile de nuevo contigo" y "¿Has oído?", en otro.

MUSICA PARA TODOS

La vida actual se desenvuelve en forma muy distinta a la de nuestros padres. La música ya no es patrimonio exclusivo de una minoría selecta. Hoy, en todas las esferas sociales, cuando el entusiasmo por ella. Con un moderno radiogramófono Philips y un tocadiscos, que puede adquirirse con muy pocas pesetas, usted podrá tener siempre en su casa las músicas preferidas.

EL CASO del MARIDO OBSESIONADO



RESUMEN DE LO PUBLICADO.—Stephane Olger, linda muchacha sin medios de fortuna, se dirige desde otra ciudad californiana a Los Angeles, y en la carretera pide que la conduzca al elegante conductor de un lujoso automóvil, que accede a su petición, y en el trayecto efectúa reiteradas libaciones. Al pretender conquistar a la muchacha, ésta forcejea con él y sobreviene un grave accidente de circulación, en el que resultan numerosos heridos. El misterio comienza cuando Stephane es hallada herida, con el volante asido e impregnada de alcohol. No hay ni rastros del ocupante del auto; se averigua que el vehículo fue robado el día antes a un productor de Hollywood que se apellida Homan, y como las apariencias acusan a Stephane, una amiga de esta llamada Hortensia acude al célebre abogado Perry Mason, quien inicia las investigaciones con la colaboración de su amigo el detective privado Paul Drake. Su interés se centra sobre un tal Spinney, al que nadie ha visto y que se halla en contacto telefónico con Homan, y una extraña mujer llamada Lois Warfield, que llega desde Nueva Orleans en busca de un empleo, pues su marido se halla en la cárcel, sirviendo Spinney de enlace entre los dos conyuges. Tanto Jules Homan como su hermano Horace se muestran irreductibles en hacer recaer toda la responsabilidad sobre la joven Stephane, insistiendo en que el auto fue robado. Y llegan el tío de la muchacha, Olger, y su prometido, Sterne, visitándola en el hospital. Mason, Drake y la secretaria del abogado, Della Street, sospechan de la señora Warfield. En otro cuarto del hotel en que esta se aloja aparece el cadáver de Spinney, muerto de un tiro cuando Mason acababa de averiguar que su verdadero nombre era el de Walter Lossten, y que que apareció Stephane Claire, según confirma esta. Y la señora Warfield desaparece, coincidiendo con la celebración de la causa contra Stephane Claire, durante la cual se promueve un nuevo incidente entre el productor Homan y su chófer, Tanner, al que aquél acusa de haber usado el coche sin su autorización.

CONTINUACION (25)

—Tome esto—le dijo Mason, deslizándole un billete en su mano—y no pierda la cabeza. En cuanto llegue a su casa, bébase una taza de café bien cargado.

—¿Es usted un tipo estupendo!—murmuró Horty sentidamente.

—Es la única manera de poder echarle el guante al criminal y de sacar a Stephane del embrollo. Lo de Greeley ya no fué grano de anís, pero esto de ahora le da ciento y raya... ¡En su mismo cuarto!... En fin, mantenga la cabeza bien firme, y no haga que me enoje.

—No lo haré, señor Mason.

El abogado presionó afectuosamente en su brazo y salió a la calle. El taxi avanzó, parándose al borde de la acera.

El portero, que sostenía un paraguas abierto, acompañó a Mason hasta la misma portezuela del vehículo.

—¿A dónde?—preguntó el chófer.

—Al mismo sitio donde subí antes.

Mason se retrepó sobre el respaldado, encendió un cigarrillo y suspiró profundamente.

CAPITULO XVII

Paul Drake, cómodo y arrebolado en el sillón, con ambos pies sobre la mesa, leía la sección deportiva del periódico de la tarde, cuando Perry Mason abrió con su llave la puerta del despacho.

—¡Caramba! Pronto has vuelto—dijo Drake retirando la vista del diario.

—¿Dónde está Tragg?

—Todavía no ha regresado.

—Pues ya ha pasado media hora—observó el abogado, consultando el reloj.

—No creo que tarde. ¿Para qué te quería la chica?

Mason avanzó hacia el ropero, en donde colgó el abrigo y sombrero, mientras decía:

—Nunca pensé que esa Hortense fuese tan excitable.

—¿Qué ocurrió?

—¡Oh, nada! El chófer se emborrachó, le hizo ciertas insinuaciones y la muchacha cogió un taxi, dejándolo plantado. Ahora tiene miedo de haberle convertido en su enemigo y

no poder obtener ya el menor informe para nosotros.

—¿Y qué hiciste tú?

—Le obligué a tomar un café para que se serenara y le dije que se olvidase del asunto; que ya nos ocuparíamos nosotros de hacerle hablar al hombre. También le advertí que no se le ocurriese volver a telefonarme a estas horas. Lamento haberme equivocado con ella; siempre creí que tendría más juicio. ¿No ha telefonado la señora Greeley?

—No.

—Pues debería estar aquí. Me dijo...

—Oye, Perry—le interrumpió el detective—; eso que me has contado me huele a rayos.

—¿A qué te refieres?

—A esa historia sobre la llamada de la Zilkousky.

—Bueno, entonces la cambiaré—sonrió Mason—. ¿Qué es lo que te huele mal en ella?

—Que haya sufrido un ataque de histerismo porque el fulano se haya permitido ciertas liber-

no poder obtener ya el menor informe para nosotros.

—¿Y qué hiciste tú?

—Le obligué a tomar un café para que se serenara y le dije que se olvidase del asunto; que ya nos ocuparíamos nosotros de hacerle hablar al hombre. También le advertí que no se le ocurriese volver a telefonarme a estas horas. Lamento haberme equivocado con ella; siempre creí que tendría más juicio. ¿No ha telefonado la señora Greeley?

—No.

—Pues debería estar aquí. Me dijo...

—Oye, Perry—le interrumpió el detective—; eso que me has contado me huele a rayos.

—¿A qué te refieres?

—A esa historia sobre la llamada de la Zilkousky.

—Bueno, entonces la cambiaré—sonrió Mason—. ¿Qué es lo que te huele mal en ella?

—Que haya sufrido un ataque de histerismo porque el fulano se haya permitido ciertas liber-

la vida tan gloriosamente entrevista horas antes; pero la batalla sería inútil, porque el cansancio nos invadiría más y más.

—Nuestros seres queridos, sentados junto al fuego, mostrarían los mismos signos de invencible fatiga. Sus cabezas se inclinarían hacia adelante, se les cerrarían los ojos... Y uno experimentaría idénticos deseos de yacer junto a ellos, de abandonarse, aun sabiendo que la fatal inconsciencia descendería sobre todo nuestro ser, borrándonos del mundo para siempre...

Mason hizo una pausa, sonrió y dijo:

—Comprende lo que quiero insinuar con esta especie de alegoría? Bien sabemos nosotros que todos los fenómenos descritos son partes integrantes de la vida; que esa inconsciencia sólo es sueño, cansancio pasajero, y que en el curso de unas horas los ojos se abrirán de nuevo, brillará otra vez el sol y los pájaros tornarán a sus cantos; que todo ese terrible aparato de ra-

car-lo que podríamos llamar la lógica legal al esquema de la existencia. Nunca suelo hablar de estas cosas, pero pensé que la señora Greeley lo necesitaba.

—¿No sabe cuánto se lo agradezco, señor Mason!—exclamó la mujer, con un timbre de emoción en su voz—. Sus palabras me han hecho mucho bien. Me siento como si estuviese a punto de recobrar mi fe...

—No creo que la haya perdido nunca, señora Greeley. Las palabras sólo avivan lo que ya hay en nosotros.

—¡Muchas gracias, señor Mason! Creo que ya me siento mejor. Después de todo, la muerte sólo es un sueño, tiene que serlo... Estoy avergonzada de mí misma. Dudé cuando... ¿Viene alguien?

En efecto, se percibía claramente el ruido de alguien que avanzaba rápidamente por el pasillo.

—Debe ser el teniente Tragg. Supongo que ya lo conoce.

—¡Oh, sí!

niente, echándole una mirada al maletín.

—Pues sí. El señor Mason me dijo que buscara el "smoking" de mi marido, y aquí traigo la chaqueta. No tiene mancha alguna.

Sacó la prenda, y Tragg la cogió para inspeccionarla detenidamente, a la luz de la lámpara que había sobre la mesa.

—No veo nada—le dijo, finalmente, a Mason.

—Si esa joven está diciendo la verdad—intervino la señora Greeley—, ¿no cree que debería haber alguna mancha?

—Tal vez—repuso Tragg.

—Ella se hizo algunos cortes al sobreenir el accidente, ¿verdad?

—Sí, algunos.

—Pues de ir mi marido guiando el auto, la muchacha hubiese quedado encima de él, porque el coche voló de ese lado. Y si salió del auto por la ventanilla, tuvo que apartar a la joven, que, si estaba herida, dejaría alguna mancha de sangre en sus ropas.

—¿Qué pretende decir?—inquirió el teniente.

—Creo que es bien clara mi posición—explicó la señora Greeley—. Les he traído la camisa porque pensé que ése era mi deber, aunque pueda esgrimirse como una prueba contra Adler. Pero comprendan mi situación. Mi esposo y yo siempre vivimos muy unidos. No quisiera ponerme sentimental ni imponer mi pena a nadie, pero si quisiera que se llegase a la justa solución, después de examinar esmeradamente todas las posibilidades. Me resisto a creer que Adler fuese guiando el auto.

—No comprendo, señora Greeley—le dijo Tragg—. ¿Frente a la evidencia de estas manchas en la camisa duda todavía de que su esposo fuese conduciendo el coche?

—Si Adler no se habría comportado jamás como el hombre que viajaba con esa chica.

—¿Quiere decir que no habría tratado de besarla ni...?

—¡Oh, nada de eso!—le interrumpió la señora—. Esa muchacha que ahora se finge tan formalita pudo muy bien mostrarse en el auto insinuante y entusiasmado a mi marido, sobre todo si éste se sentía algo alegre. Adler no era ningún santo en este sentido, como no lo son la mayoría de los hombres. Me refería a otra cosa: a que Adler no habría escapado del coche, dejando a esa joven abandonada tras el volante. El era incapaz de hacerlo. No encaja en absoluto con su modo de proceder.

—Pues tiene que haberlo hecho—intervino Mason.

La señora Greeley denegó tercamente con la cabeza, a tiempo que respondía:

—Tiene que haber algo más en el asunto, que desconocemos, señor Mason. Si mi marido iba al volante y se mareó, abandonando a su cliente, es porque alguien le forzó a proceder así; alguien que iba oculto en la parte de atrás, en el maletín... o que le iba siguiendo. Sólo así me lo explico.

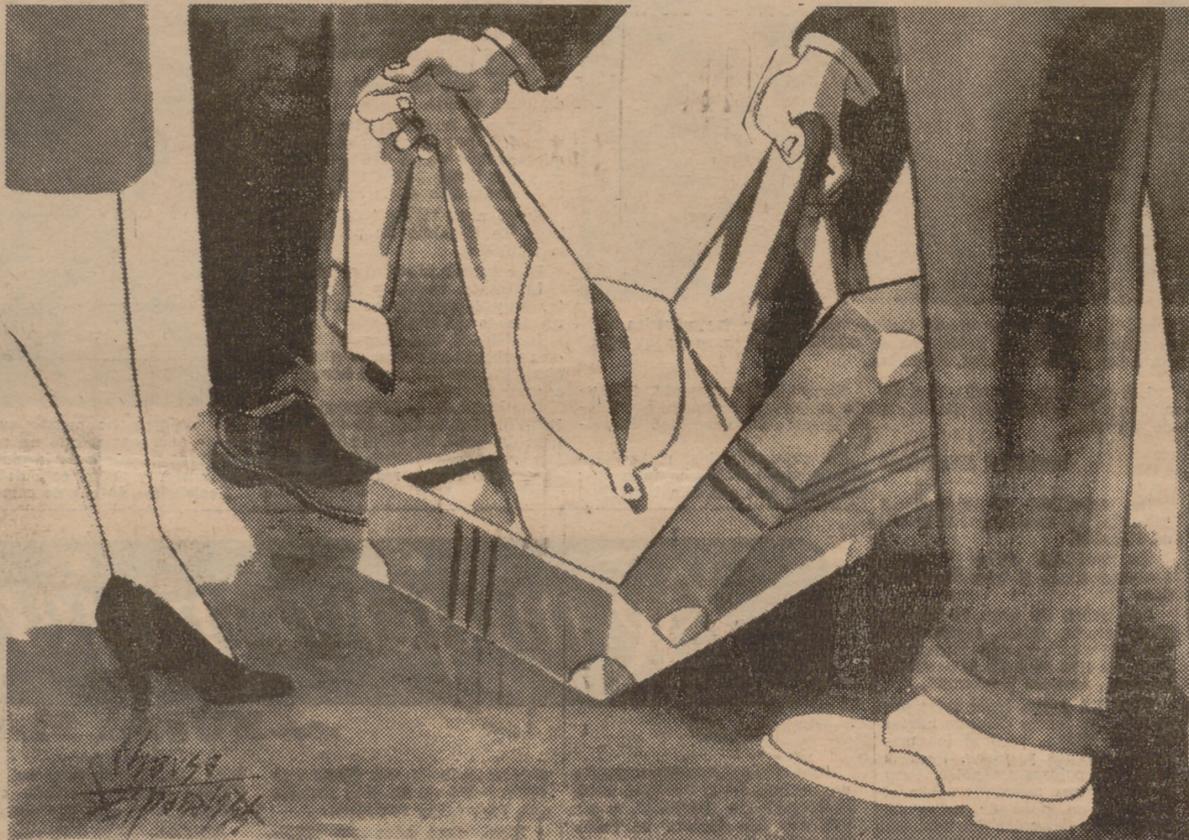
—¡Espere un momento!—rogó Tragg—. Eso puede ser una teoría. Los hechos señalan que en el accidente intervinieron varios coches y que se produjo una gran mezcla de vehículos.

—Alguien—subrayó la señora Greeley, con gran convicción—obligó a Adler a salir del auto, le llevó lejos del lugar del accidente y le forzó a guardar silencio. Cuando hayan encontrado a esa persona, habrán encontrado al asesino de mi esposo y...

—rompió en sollozos, y cuando logró recobrase, añadió:—Perdonen que me haya dejado llevar de los nervios.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Búho".)



tades. Esa muchacha es condenadamente atractiva y de un carácter tan abierto y campesano que no concibo...

—Está bien. Ya te digo que la cambiaré. Gracias.

Drake le miró con las cejas frías.

—Y se puede saber a cuento de qué?...

—Tenía que dorarle la píldora a Tragg.

—¿Por qué?... ¡Cuidado, Perry! Creo que se acerca alguien. Parece una mujer.

Mason avanzó hacia la puerta que comunicaba con el pasillo, mientras replicaba:

—Hasta donde puedas, sostén que yo no he abandonado la oficina, Paul. Esto suena mejor que tratar de convencer a Tragg de que la chica se hizo la puritana con su amigo.

Abrió la puerta. La señora Greeley, vestida de negro, estaba de pie, cerca del umbral, con un pequeño maletín de mano.

—Pase, señora!—la invitó Mason, haciéndose cargo del maletín.

Entró la visitante, y Mason, después de cerrar la puerta, se dirigió a ella, señalándole un sillón.

—Haga el favor de sentarse. Lamento haberle causado esta molestia.

—No se preocupe, señor Mason. Si he de serle franca, le diré que prefiero haber venido a quedarme en casa sola, sin hacer nada. Me siento tan desolada, tan...

—Comprendo.

—Creo que nunca nos hacemos cargo del valor de lo que nos rodea por considerarlo inmovilizable, tan seguro...—sonrió con tristeza—. Hace sólo una semana me veo aborrotando estúpidamente porque mi marido se veía obligado a trabajar sin cesar, incluso por las noches, y ahora... ahora... Bueno, será me-

mente la misma frase hipócrita y rutinaria: "Todo sea para mayor bien". "Todo sea para mayor bien"... ¿Cómo puede la muerte de Adler servirme para mayor bien? ¡Bah!... ¡Palabras!

—Para los humanos, la vida es un enigma insondable—prosiguió Mason—. Supongamos que pudiésemos olvidarnos por completo de todo lo sucedido en días anteriores, que una buena mañana abriésemos los ojos sin la menor conciencia del ayer. Nos sentiríamos plétóricos de energías; el rocío brillaría sobre la hierba; un sol cálido y centelleante inundaría de luz la tierra; los pájaros cantarían en sus ramas y uno pensaría que la Naturaleza era algo maravilloso. Luego, a medida que el sol fuese ascendiendo en el cielo, iría cediendo en nosotros la primera exaltación, y al mediodía ya nos sentiríamos más sosegados, tranquilos. Pero el cielo amistoso se iría cubriendo de nubes hasta mostrarse de un color gris ceniciento y amenazador. Y de pronto estallarían la tormenta, con su corte de rayos y truenos, entre cataratas de agua. El terror haría presa en nosotros y correríamos enloquecidos.

—Más tarde, las nubes se retirarían y el sol volvería a lucir en una atmósfera pura y diáfana. La confianza torparía a posesionarse de nuestros ánimos y miraríamos el mundo con ojos más nuevos, experimentados.

—Pero el tiempo pasaría. Veríamos que las sombras se alargaban, que el sol desaparecía poco a poco y que pronto nos envolverían las tinieblas. El terror apuntaría de nuevo en nuestros corazones, pero el cansancio lo iría acallando. Nos lamentaríamos de que acabase tan tristemente lo que de modo tan hermoso había comenzado. Lucharíamos por retener la fe en

yos y truenos se reduce a una simple y pasajera tormenta, de que la Naturaleza se vale para transportar el agua de los mares a las montañas, a fin de alimentar los arroyos y ríos que después fertilizarán los campos; que el sueño significa reparar fuerzas para un nuevo día, en un acorde con la sabia Naturaleza. Todo esto lo sabemos. Pero ¿y si lo ignorásemos por completo? ¿Juzgaríamos las mismas cosas de idéntico modo? Esta es la consideración que quería ofrecerle, señora.

La señora Greeley asintió suavemente con la cabeza. Después suspiró. Mason terminó diciendo:

—La vida es así. Sólo podemos contemplarla desde el nacimiento a la muerte, desde la salida hasta la puesta del sol. El resto, la noche, permanece oculta a nuestras miradas.

—¡Que me ahorquen!—exclamó en aquel punto Drake, que consideraba al abogado con la boca abierta.

—¿Qué te ocurre, Paul?

—¡Demonio! Jamás me figuré que fueses un místico. Me has dejado turulado.

—No soy un místico—sonrió Mason—. Me he limitado a apli-

colpearon con los nudillos en la puerta, y a una indicación de Mason, Drake se alzó para franquear la hoja y dar entrada al teniente.

—Siento haberme retrasado—dijo el recién llegado—. ¿Cómo está, señora Greeley?

—Perfectamente, teniente. He venido a enseñarles algo.

Mason le entregó el maletín, que la mujer dispuso a sus pies, en el suelo, abriéndolo, para sacar de él una arrugada camisa, que después extendió, mostrándola. Sobre la almidonada pechera se apreciaba una raya roja de unas cinco pulgadas de longitud, y más arriba, la huella de unos entreabiertos labios femeninos.

Los tres personajes se inclinaron sobre la prenda.

—Observen—decía Tragg—. Se puede apreciar el lugar donde fué aplicado el dedo primeramente. Aquí. Luego la línea continúa, para al final debilitarse y desaparecer. La muchacha trataba, sin duda, de apartar de sí al hombre.

—Así parece ser—asintió Mason.

—¿Ha traído algo más, señora Greeley?—preguntó el te-

Solución al gran crucigrama silábico NUMERO 28

HORIZONTALES.—1: Monegasco. Hipogastrio. Maca. Sepia.—2: Cenete. Hojalata. Silo. Lacre.—3: Da. Curato. Mecanografía. Tocón.—4: Despojo. Río. Halo. Nido. Tas. Mi.—5: Licores. Mocha. Coma. Macarena.—6: Rápida. Gasto. Pernil. Cuaje. Pose.—7: Yo. Menta. Risco. Destreza. Sa.—8: Vate. Contamina. Faro. Caleta.—9: Vail. Rufián. Di. Talle. Pola. Lle.—10: Jacobo. Bellaco. Cibaó. Molares.—11: Ya. Riposo. Pescado. Cachaza.—12: Cl. Poza. Pe. Ma. Pacho. Roca.—13: Mientras. Semáforo. Ranura. Ma. Ll.—14: Topo. Ras. Neridea. Demográfica.—15: Nefelismo. Me. Tirana. Delta.

VERTICALES.—a: Mecedades. Rayo. Va. Yacimiento. b: Nene. Pólpico. Vallja. Traspone.—c: Gaste. Jocosamente. Co. Po. Fe.—d: Co. Cu. Res. Ta. Ruborizase. Lis.—e: Horacio. Gas. Confian. Pio. Marasmo.—f: Hijo. Motorista. Beso. Fo.—g: Pola. Hacha. Comidilla. Peroné.—h: Gástamelo. Persona. Copes. Reime.—i: Trío. Ca. Conil. Ta. Camarada.—j: Sinónimo. Desfallido. Nu. Ti.—k: Malagroso. Cuatrero. Bao. Paradera.—l: Ca. Fa. Majeza. Po. Cacho. Mona.—m: La. Tasca. Calamocha. Magra.—n: Secreto. Repósole. Lázaro. Fidel.—ñ: Pia. Coninase. Talléres. Calicita.

MUNDO Ligero



Acabamos de leer un artículo sobre lo que se puede comer. He aquí la gran preocupación del hombre, aunque, en esto, quizá fuese más acertado aclarar los términos. Lo importante, en sí, no es lo que se puede comer, sino cómo se puede comer.

Pero, sin embargo, una vez logrado el objetivo primero de neutralizar la digestión, se presenta el de la manera de hacerlo. Los médicos coinciden de modo unánime; el hombre no sabe comer. El hombre ha envuelto en tanta exquisitez la materia prima, la echó tal cantidad de salsas y especias, que ha terminado convertida en puro deleite. Ahora bien, una cosa es que la comida sepa a gloria y otra que e cubra, convenientemente, el riñón. Una langosta a la americana podrá ser la misma delicia con caparazón, pero, desde el punto de vista de lo higiénico, no alcanza ni a una simple gamba cocida.

El hombre, parece, se ha preocupado demasiado del paladar, olvidando cosas tan importantes como el yeyuno y el conducto colédoco. A consecuencia de ello el hombre engorda y se entrega a los cólicos hepáticos y a la gota. La gota es la enfermedad de la buena vida, de los magros y los caldos espesos, donde la glotonería se ahoga en grasa. Antiguamente, todo rico que se preciase tenía su gota, como quien tiene un buen brillante, que luce mucho. Cuando el dedo gordo del pie empezaba a doler —síntoma inequívoco de que la gota ha alcanzado una prosperidad conveniente— las gentes decían que, ante aquel muchacho, se presentaba un lisonjero porvenir.

La gota, sobre todo, fué la enfermedad de los franceses, porque Francia es —o era— un reino gastronómico. Un país en que un rey crea un noble, sólo porque éste le sirvió una buena oca, merece ser tomado en serio. Si hoy no se hace así, es porque han desaparecido los reyes; o, quizá, porque han desaparecido las ocas.

Se ha hablado de la comida como refugio, de que el hombre, cuando no tiene otra cosa que hacer, come; a nuestro juicio esto tergiversa un tanto el asunto. El hombre, cuando tiene que comer, come; cuando no tiene que comer, hace otras cosas, pero siempre para comer. El ayuno como estado perenne es una doctrina difícilmente aprobada por la humanidad. Transitoriamente puede ser aceptada, y aún resultar saludable. Todas las medidas que los higienistas han tomado para combatir las plagas que se derivan de un exceso de producción de los fogones consisten en decir que no, heroicamente, a las más tentadoras ofertas de Brillat-Savarin.

Si usted renuncia al guiso y se entrega al tomate; si usted acepta que el pato a la naranja no tiene nada que hacer frente a la ensalada de lechuga, entonces es probable que sus secreciones mejoren y que la litiasis biliar no pase de ser un fantasma de nombre complicado. Usted vivirá bien y con salud. Pero, ¿vale la pena vivir así?

He aquí el dilema: o prolongar una vida sin euforia sobre mantel, o mermarla a base de salsas y especias, de entrecot y de su poquito de coñac con puro como penacho final. Hamlet no se le planteó, porque Hamlet, con aquellas cosas que se sucedían, andaba bastante inapetente; pero tampoco le hubiera resuelto.

En todo caso, que en vez de brocheta de riñones y de bartolillos, os hablen de proteínas y de hidratos de carbono, resulta bastante descorazonador. En el mundo, la fantasía vale mucho. Bastante más que una terapéutica, sobre todo si ésta reduce la digestión a sus más puros, y, ¡ay!, aquilatados perfiles.

(Dibujo de Serny.)

M. P. A.



CON VESTIDO BLANCO

↖ Dos eran dos, y que Elena nos perdona el escamoteo de su tercera hija. Brigitte Bardot lanza un modelo para niña, y lo repite, exactamente, sobre su juvenil anatomía. Tan sólo en el zapato de tacón, y en el modo de colocarse el sombrero, se diferencia Brigitte Bardot de la pequeña que la acompaña. Esto, claro es, referido al traje; refiriéndonos a su contenido, la diferencia resultaría algo más notable. Sobre todo por ahora.

★ CON SONRISA

↖ Si la sonrisa es el espejo del alma, Cyd Charisse debe tener un alma blanca e inmaculada. Pocas veces, en efecto, se lanzó mejor calidad de esmalte a la admiración de público. Cyd Charisse es actriz y bailarina; trabaja en CinemaScope y en pantalla panorámica. Pero toda la extensión de la pantalla resulta insuficiente, opinamos, para registrar esta clara alegría de su sonrisa, bajo un sombrero que, como toda ella, es pura primavera; almendro en flor.

★ CON INDECISION

↖ Los niños, antiguamente, se perdían en el bosque; hoy se pierden en las ciudades. Y, así, vemos a estos dos pequeños Pulgarcitos tratando de averiguar una dirección que mucho nos tememos sea la del castillo del ogro. Porque los niños, cada vez que se pierden, es para perder, auténticamente, a sus padres. En todo caso, parece que estos dos aventureros, por lo menos, saben leer.

